

## QUE TÚ BORDASTE ROJO AYER...

*Manolo Garrido Palacios*

*“Para poder pasar página, primero hay que leerla”*

Rosa Ramírez baja a duras penas del camión y es empujada hacia dentro. La puerta se cierra violentamente tras ella dejando en el oscuro y húmedo pasillo, largo como noche sin fin, un eco muchas veces repetido en otros encierros prolongados. Quizás no lo recorra nunca en sentido contrario. Atrás ha dejado un cartel –de letras blancas trazadas con esmero pretencioso que rezan Prisión de Madres Lactantes de Madrid– y el ruido turbulento de las aguas del cercano río Manzanares. El golpe de la puerta suena como un disparo alevoso en su espalda dolorida. Lleva a su bebé en brazos desde hace quince horas, sin descanso. El llanto de los niños, que forman parte indisoluble de la población reclusa del pabellón, atraviesa los muros y acompaña sus pasos inseguros.

–¡Estas putas rojas paren como conejas!–se queja para sí la celadora que la acompaña hasta su celda. Ya verás como aquí se te van todas las tonterías que tienes en tu cabecita loca–añade inmisericorde y convencida de la gran labor que desempeña.

En el despacho de la directora del Pabellón, el Teniente Coronel Requejo se pasea nervioso mientras su esposa, Remedios Lladre, le mira con ojos suplicantes para que se siente y se calme. Él no acaba de estar convencido del paso que van a dar. Su esposa le ha rogado una y mil veces que debían acoger como buenos cristianos a los hijos descarriados de alguna de aquellas madres perdidas y condenadas a los ojos de Dios. Cuenta con la aprobación de su confesor, el padre D. Evaristo, que le ha aconsejado que asumiera con desvelo el destino que Nuestro Señor le tenía reservado: salvar almas inocentes de las garras del Diablo. Cuando le asalta alguna duda, recuerda las palabras que D. Evaristo le repite a pie de confesionario: “Las mentes preclaras de nuestra Gloriosa Cruzada han orientado a los Padres de la Patria para crear el Programa de Auxilio Social y mujeres como usted están llamadas a ser sus paladines”.

–¿Dónde se habrá metido esta mujer?–vuelve a preguntarse por tercera vez el Teniente Coronel Requejo, refiriéndose a la directora de aquella institución. Llevan esperando más

de tres cuartos de hora y no hay novedades. La directora se ausentó hace ya un buen rato rogándoles paciencia pues estaban esperando la entrada de un nuevo contingente de reclusas. – ¡Mujeres! –añade, ahora incluyendo también a su esposa. Llevan dos décadas casados y la Providencia Divina no les ha otorgado el regalo de ser padres. Ambos son hijos únicos. Tampoco tienen sobrinos para satisfacer el cupo mínimo de alegría infantil que todo adulto necesita. Las frecuentes depresiones de su esposa le impulsaron a aceptar las propuestas con que D. Evaristo la tenía abducida e inmersa en una conversación familiar monotemática.

–Debemos hacerlo, es nuestro deber cristiano–repetía una y otra vez Remedios Lladre a su esposo.

El Teniente Coronel Requejo no tuvo más remedio que aceptar y doblegarse ante la insistencia de su esposa. Aquello resultaba ya inaguantable y la estabilidad de su matrimonio dependía de su aprobación. Además, aquella decisión contaba con la aprobación de la Iglesia y tenía el visto bueno de sus mandos militares, por tanto, se ajustaba a la legalidad vigente con extremada pulcritud. El Caudillo había dictado dos leyes según las cuales la patria potestad de todos los niños que entraban en Auxilio Social correspondía al Estado y las personas de bien estaban obligadas a asumir los designios del Señor para los que estaban convocados.

Las dudas le incomodaban, no obstante, porque la sequía de hijos parecía poner en entredicho su incuestionable hombría, ampliamente demostrada en acciones de guerra contra aquella barbarie roja que había intentado socavar los pilares de una sociedad ungida y bendecida por la mano de Dios. ¿Quién era él para poner en tela de juicio las actuaciones que las autoridades habían planificado para la definitiva pacificación de la Patria?

El sollozo de los niños llega hasta el despacho de la directora amortiguado por los arrullos de sus madres y por el grosor de los muros. Remedios Lladre se recrea imaginándose a uno de aquellos bebés en sus brazos de madre yerma. Por fin se cumplirá su sueño largamente anhelado. Sólo quedan algunos trámites sin importancia. Los trámites que empezaron hacía quince horas...

Un grupo de requetés ha entrado en su casa. Rosa Ramírez se despierta sobresaltada, aunque a ella no la buscan, buscan a Juan, su compañero. El niño se remueve en su cuna improvisada y sus lloriqueos se confunden con los golpes y los gritos en la puerta.

–¿Dónde está, dónde está el hijo puta de tu chulo?–vocea en su cara un hombre que huele a vino y muerte–. ¿Dónde cojones está?–repite apremiándola mientras la zarandea en su catre, apenas incorporada.

–No lo sé...hace meses que no le veo...huyó para librarse de animales como vosotros– contesta antes de que una bofetada la propulse contra su colchón de farfolla y unas piernas de macho en celo se sitúen a horcajadas sobre su cuerpo tembloroso.

–¡Mira la putita como se pone de respondona!–se acerca a sus labios una boca que apesta, mientras una garra manosea su pecho desbocado al que le cuesta respirar.

–O la dejas o te reviento la cabeza–restalla una voz en el quicio de la puerta de la alcoba. –¿Me has oído?–prosigue el teniente que comanda el grupo mientras le apunta con su pistola y deja la marca del círculo metálico del cañón sobre la sien derecha del que acosa a la mujer.

–Subidla al camión...y al bastardo también–añade, refiriéndose a la mujer y a su hijo, que no ha parado de berrear en la cuna.

El camión ha hecho un recorrido inacabable por todos los pueblos de la comarca. Está lleno de mujeres acurrucadas y somnolientas que mantienen por inercia a sus hijos abrazados sobre sus pechos agotados y en sequía. Han oído algo sobre la prisión de madres de Madrid, quizás ese sea su fatídico destino.

Entra en la Prisión mareada tras el trasiego del interminable viaje. Avanza flanqueada por una celadora que la acompaña. Esa mujer desagradable articula algunas palabras que ella no llega a oír ni comprender. Se escuchan tímidamente los llantos de muchos niños, como si estuviera en el pabellón de maternidad de un hospital.

–Esta es la maternidad de la Nueva España–dice la directora de la Prisión al abrir la puerta de su despacho, donde la esperan el Teniente Coronel de Estado Mayor Don Francisco Requejo y su ilusionada esposa, Doña Remedios Lladre. Estamos llamados a una misión superior que no podemos eludir y ustedes, entre otros muchos, forman parte de los privilegiados que han sido seleccionados para llevarla a cabo con éxito. Nuestras autoridades esperan que estén a la altura de tan alta misión–argumenta convencida por las consignas recibidas–.

Rosa camina lentamente tras franquear la entrada de su celda. Varias mujeres levantan sus ojos aterrados queriendo distinguir en la penumbra a la persona que avanza hacia ellas.

–No me lo quites–ruega entre susurros una de ellas ignorando las intenciones de la persona que llega. –¡No me lo quites, víbora!!– grita desgarradoramente, temiendo que sea su turno.

Un turno que le tocará a Rosa Ramírez poco rato después, cuando varias celadoras le arranquen a su hijo de los brazos. El turno que le tocó al amanecer del día siguiente cuando los muros del patio trasero de la Prisión se tiñeron del rojo que bordaron con su sangre las balas que acabaron con su vida, fusilada por auxilio de malhechores y auxilio a la rebelión. El turno de otras muchas madres como ella.

A Remedios Lladre, que paseó gozosa su maternidad robada y un cochecito de bebé por las alamedas del Retiro, también le llegó su turno y pudo cumplir la sagrada misión que su confesor le había anunciado.